



El lugar al que uno va
cuando deja de respirar

Hernán Ortiz

雨 *proyecto liquido*

hernan@proyectoliquido.net
Twitter: hernanpl
Diciembre, 2010

Imagen basada en ilustración de Patrick Hoesly

Mateo intenta contar debajo del agua hasta la edad en la que su abuela dejó de respirar. Escucha un *plash* de algo que cae por encima de él sin hundirse, algo que lo hace bracear y patalear hacia arriba.

Mateo saca la nariz del agua, respira, se limpia el agua de los ojos. Junto a él flota una figura peluda. Al fondo, la imagen de un señor con maletín y corbata se despide, se desenfoca, desaparece.

La figura peluda es un oso. El señor es su papá.

El oso flota boca abajo como si estuviera ahogado. Su pelo es diferente al de los peluches que le regalaban cuando no se sabía amarrar los zapatos. Mateo, cansado de bracear y patalear, sujeta al oso para que el oso flote por él. La piel del oso está caliente. Las manos mojadas y arrugadas de Mateo tocan el pelo suave y maleable del oso. Las manos mojadas y arrugadas de Mateo voltean el oso y el oso queda boca arriba. Ese lado del oso está frío, el pelo más oscuro, la boca abierta. Mateo se pregunta si la boca abierta del oso es para inflarlo o para darle tetero. ¿Un oso flotador? No, su papá sabe que él no está en edad para tener osos de juguete. El papel de colgadura de animales había sido arrancado de las paredes de su cuarto y las paredes habían sido pintadas de blanco para que él las decorara a su antojo. Tal vez su papá le dio ese regalo porque las paredes de su cuarto todavía están blancas. Las paredes de sus amigos están llenas de afiches y fotos de carros, caballos, músicos, motos, tenistas y futbolistas, pero Mateo no sabe qué pintar o pegar o colgar en sus paredes.

Mateo cree que en su cuarto, como en la piscina, no importan las paredes sino lo que está adentro.

En el barrio donde vive Mateo un niño se resbaló haciendo un clavado en vuelta estrella, estrellando su cabeza contra el borde de granito de la piscina. Sus hermanos creían que él estaba jugando boca abajo aguantando la respiración, hasta que vieron salir un hilo de sangre de su cabeza...

La historia del niño-del-barrio hizo que el papá de Mateo le prohibiera entrar solo a la piscina. Siempre que llegaba del trabajo lo acompañaba, pero cuando empezó a salir con la mujer pecosa de pelo rojo le hizo prometer a su hijo que *nunca* llevaría amigos a la piscina y que *siempre* subiría a respirar cuando se estuviera quedando sin aire.

Los primeros días Mateo se sintió muy solo. Contaba una y otra vez debajo del agua los años que tenía su papá. El papá de Mateo le dijo que por qué no contaba también la edad de sus primos y tíos y le prestó su agenda para que los llamara.

Mateo habló con tíos y primos que no conocía y con otros que sí conocía porque los había visto en el entierro de su abuela. Afuera de la piscina, Mateo anotaba la edad de todos sus familiares. Dentro de la piscina, Mateo contaba la edad de todos, y luego salía y los llamaba y les decía que había aguantado en el agua más de lo que ellos habían vivido.

Mateo cree que su papá le compró el oso porque se había quedado sin familiares para llamar. Sin familiares *vivos* para llamar. Pero quedan otros familiares...

Aunque su abuela esté debajo de la tierra, Mateo va a sobrepasar debajo del agua la edad en la que ella se murió... y va a encontrar alguna forma de decírselo.

El papá de Mateo y el vendedor de Animismo Ltda. llegaron a una bodega amplia que olía a ropa vieja y perfume. El vendedor tenía la frente brillante y arrugada, camisa húmeda en el pecho y las axilas, y no dejaba de moverse el nudo de la corbata de un lado para el otro mientras buscaba un código en los cajones del archivador. El vendedor se agachó, insertó una llave en el cajón, lo abrió.

El papá de Mateo se sentía ridículo al pensar que esa era su mamá. Su mamá estaba muerta y nada podía cambiar eso, mucho menos *eso*. El vendedor se levantó y se limpió la frente con la manga de la camisa.

Lo que había ahí era mejor que tirar las cenizas a un lago. Lo que había ahí tenía más vida que las urnas frías e impersonales de una funeraria. Lo que había ahí se podía abrazar y acariciar y darle afecto.

En Animismo Ltda. le habían dicho que sería un oso de peluche. Pero eso que estaba al frente —con los ojos oscuros y brillantes, el cuerpo caliente, la piel suave y delgada como el pelo de un anciano— parecía una versión reducida y disecada de un oso de verdad. El realismo hubiera impresionado a cualquiera, pero no al papá de Mateo. Lo que le interesaba a él era su potencial terapéutico. El papá de Mateo tenía la esperanza de que por alguna razón el oso de peluche le ayudara a recuperar a su hijo.

Después de que la abuela de Mateo dejó de respirar, el niño había estado callado y distraído, se había quedado dos semanas sin hablar y se había refugiado en el fondo de la piscina. Sin la abuela, el papá de Mateo se había quedado solo para educarlo. Sin la abuela, el papá de Mateo se mantenía con los ojos perdidos, pensando en lo diferente que sería todo si su esposa aún estuviera viva.

La mamá de Mateo dio la vida por su hijo, literalmente. Luego del parto, mientras seguía en estado de coma en el hospital, el papá de Mateo se le acercó con el bebé recién nacido en sus brazos y le hizo una promesa en el oído. Aunque él nunca supo si ella logró escucharla o no —su vida se había reducido a pitidos intermitentes y ondas en la pantalla— él durante todos estos años había cumplido la promesa. Pero ahora, sintiéndose débil e impotente, tenía que incumplirla: tenía que encontrarle a Mateo una mamá.

Mateo respira, sujeta al oso con ambas manos y lo clava en el agua. Mete la cabeza y se ayuda con los pies para llegar al fondo.

Dentro del agua, el oso tiene el mismo color y la misma temperatura. Dentro del agua, el oso está borroso y su pelo se mueve al ritmo de las exhalaciones de Mateo.

Mateo pasa por la edad que tenía su mamá y por la edad de su papá y sigue contando...

Mateo suele cerrar los ojos debajo del agua, pero esta vez no puede dejar de mirar al oso. El oso le recuerda el momento en que su abuela dejó de respirar. Mateo nunca había visto que alguien dejara de respirar. Mateo se pregunta si al contar la edad de su abuela el oso y él también dejarían de respirar. Ambos se encontrarían con la abuela, le dirían que habían aguantado debajo del agua más de lo que ella había vivido, y luego él y su abuela y su mamá y el oso y tal vez el niño-del-barrio contarían edades de otras personas en la piscina de ese lugar, el lugar al que uno va cuando deja de respirar.

Mateo se acerca a la edad de su abuela y sigue contando...

Los pulmones de Mateo se quedan sin aire. Su cabeza se siente hinchada y sus brazos empiezan a temblar -- el oso también tiembla, animándolo, mientras Mateo lucha por tomar aire donde no hay.

Mateo llega a la edad de su abuela...

Suelta el oso. De la boca del oso salen pequeñas burbujas y una sustancia gris. El oso flota hacia Mateo, pasa junto a su cara y la sustancia gris se le mete al oído.

A través del agua, Mateo escucha un *plash* de algo que cae por encima de él y se hunde.

El oso flota hacia la superficie mientras las manos de lo que se hundió agarran a Mateo con fuerza y lo llevan hacia arriba.

Mateo observa las paredes blancas de su cuarto. Su papá toca la puerta, la abre y entra sujetando una bolsa transparente. El oso dentro de la bolsa tiene la boca cerrada. El oso dentro de la bolsa parece uno de los peluches que le regalaban cuando no se sabía amarrar los zapatos. El papá de Mateo, sin soltar la bolsa, le dice que ya vuelve. Sale del cuarto dejando la puerta abierta y en el corredor se encuentra con la mujer pecosa de pelo rojo que ha estado viviendo en la casa. El papá de Mateo a lo lejos se despide, se desenfoca, desaparece.

Mateo observa las paredes blancas de su cuarto. Mateo cree que en su cuarto, como en la piscina, no importan las paredes sino lo que está adentro, aunque ya no está tan seguro...

La abuela es importante y ella no está adentro. La siente cerca y no la ve, entonces no debe estar ahí. Mateo puede sentir a la abuela cada vez que piensa en ella. Ya la buscó en los cajones del nochero, debajo de la cama, en el closet, y no la encontró. Mateo piensa que si puede sentir a la abuela y no la puede ver, el único sitio donde puede estar escondida es dentro de las paredes.

Mateo observa las paredes blancas de su cuarto y se le ocurren ideas para decorarlas. Se le ocurren tantas ideas que no ve la hora de llamar a sus familiares para contarles.

Mateo, sin edades para aguantar debajo del agua, ya no quiere hundirse en la piscina. Ahora quiere respirar.

Cuento bajo licencia Creative Commons (Reconocimiento-No comercial 2.5 Colombia)

Hernán Ortiz | hernan@proyectoliquido.net | twitter: hernanpl

digitalizado en Medellín, Colombia